

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

SOÑANDO LA IGLESIA DEL FUTURO

Mazana-tha Ltda

+ CARLOS GONZALEZ C.

SOÑANDO LA IGLESIA DEL FUTURO

**11 de Abril de 1993
En la Fiesta de la Resurrección de Cristo**

**SOÑANDO LA IGLESIA
DEL FUTURO**

+ CARLOS GONZALEZ C.
OBISPO DE TALCA

Derechos Legales Reservados
Editado, Impreso y Distribuido por:
MARANA-THA Ltda. 1 Norte 549
Fono: 234428 - Fax: (071) 226565
TALCA

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

Queridos cristianos:

El Sínodo Diocesano terminó el 15 de agosto del año pasado después de un trabajo serio y habiendo escuchado la voz de quienes participaron en forma activa y responsable.

*El Espíritu Santo nos llamó a la **conversión permanente** a una **Iglesia en comunión** y a una **Iglesia Misionera**, que trata de dejar la rutina para vivir en misión permanente. Me parece que al entrar en esta Iglesia en Misión, los dos primeros llamados se harán realidad más fácilmente. Partiendo de la Iglesia misionera, podremos vivir una Iglesia más cercana al estilo de Jesús, en permanente conversión y con un profundo sentido de comunión.*

Entrego esta carta en el día de la Resurrección de Cristo pensando que el Señor Resucitado nos llama a una Vida Nueva y nos

da fuerza, paz y alegría para mirar el futuro, y para enfrentar las transformaciones que necesita nuestra vida y la de nuestra Iglesia diocesana.

Mirando al Señor de las cinco llagas, al que pasó por la Pasión, por la Cruz y que resucitó, escribo estas Orientaciones sobre la Iglesia en estado de misión.

1. LA IDENTIDAD CRISTIANA ES UNA IDENTIDAD MISIONERA

Jesucristo siempre fue y será el gran misionero y El nos llamó para que fuéramos por todo el mundo anunciando su Reino, su mensaje y sus enseñanzas. (Mt. 28,19-20).

Un verdadero cristiano, siempre vive conciente de ser enviado por el Señor para entregar el Evangelio.

Un testimonio muy iluminador es el de la Virgen. Ella acepta de corazón la misión que Dios le encomienda, de ser madre del Salvador. Ella siempre está presente en los momentos claves de la vida de Jesús. En el comienzo de su vida pública en Caná (Jn. 2,3-5) justo después de haber llamado a sus primeros discípulos; al pie de la cruz (Jn. 19,26-27), y muy unida a los discípulos, en oración, esperando al Espíritu Santo, en el comienzo de la misión de la Iglesia (Hech, 1,14). El cumplimiento de su misión no fue en Ella un quehacer más. La misión definió su vida. Es madre de Jesús y es madre de la Iglesia. En torno a eso gira su vida.

La Virgen María nos muestra con su testimonio que la misión no es un agregado que puede estar o no estar. No es algo a lo que le dedica el tiempo que le sobra. No es un barniz superficial o un elemento decorador. La misión es esencial en su vida.

La misión pertenece a la médula, al esqueleto mismo de la vida cristiana y esta verdad debe estar siempre viva y actual en cada uno de nosotros. El ser misionero y la misión pertenece a nuestra identidad más profunda. Ignorar o no vivir esta identidad nos hace infieles a Jesucristo y a su reino. Nunca podremos olvidar su mensaje final: "Vayan por todo el mundo y sean mis testigos".

Cuando en la Iglesia olvidamos esta verdad tan importante, se quiebra algo fundamental: la Iglesia se instala, se acomoda y deja de ser fiel a Jesús. Una Iglesia instalada lleva a católicos mediocres que han perdido "el primer amor" y viven en una fe vacilante y confusa. Se cumple el texto terrible del Apocalipsis "porque no eres frío ni caliente, porque eres tibio, estoy a punto de vomitarte de mi boca". (Ap. 3,15-16).

El Cristo Resucitado nos llama a una Iglesia vigilante y abierta a la vida. El no quiere una Iglesia pasiva o resignada, sino una Iglesia capaz de buscar y transformarse permanentemente, siguiendo los caminos de Dios en medio de los tiempos actuales.

**2. 'NO HAY EVANGELIZACION
O MISION VERDADERA
MIENTRAS NO SE ANUNCIE EL
NOMBRE, LA DOCTRINA,
LA VIDA, LAS PROMESAS,
EL REINO, EL MISTERIO DE
JESUS DE NAZARETH,
EL HIJO DE DIOS'.**

Dios quiere testigos del Evangelio, cristianos con una experiencia personal de Dios, comunidades cristianas que muestren el rostro del Señor, familias invadidas por la presencia del Señor y que están conscientes que "Jesús está presente cuando dos o tres se reúnen en su nombre". Esto es fundamental. Pero hoy día se requiere, además del testimonio, de un anuncio explícito de Jesús.

La evangelización o misión significa personas, familias y comunidades que leen, meditan y viven el Evangelio y que han entrado por los caminos del Señor. Presupone vidas en las cuales el Sermón de la montaña, las bienaventuranzas, constituyen el código de vida que orienta todo el quehacer diario. La

gran fuerza de San Juan, el Evangelista, es que muestra su experiencia y su amistad profunda en Jesús y su mensaje. Es un maestro porque fue, antes que nada, un testigo. El testimonio del Evangelista, de quien conoció y vivió cerca del Señor, nos enseña cómo caminar hacia una verdadera evangelización, para poder impregnar toda nuestra pastoral en esta dimensión misionera.

Pero hoy se necesita algo más que el testimonio. Con mucha sabiduría en la IV Conferencia Episcopal Latinoamericana de Santo Domingo se anunció como idea central "Jesucristo, ayer, hoy y siempre". Es el texto de San Pablo. Nuestra Iglesia Católica desea reforzar este anuncio explícito y central de Jesús. El anuncio implícito, ambiguo o deslavado no tiene fuerza y todos esos intentos han llevado a grandes fracasos en nuestra pastoral. No basta con hablar sobre instituciones "aconfesionales, de inspiración cristiana". Necesitamos romper el miedo y debemos anunciar y mostrar a Jesús como una realidad plenamente asumida.

Una pastoral verdadera es aquella en la cual Jesús es clara y explícitamente el eje y

el centro de la vida. Las actitudes de vida deben brotar de la persona de Jesús más que de un catálogo de normas y reglamentos que fijan conductas.

Personalmente estoy convencido que las normas morales serán respetadas y llevadas a la práctica en la medida que Jesús sea el eje y el motor de nuestras vidas.

Las campañas sobre moralidad, especialmente en el terreno del sexo y de la acción social, sólo tendrán resultados cuando la persona de Jesús logre animar el corazón de los cristianos y hacerlos ser testigos del Señor Crucificado y Resucitado. No podemos reducir el Evangelio a una doctrina o a un código de vida. San Pablo nos recuerda que el "Evangelio es el poder de Dios para aquel que crea". (Romanos 1,16).

Testimonio y anuncio explícito deben ir juntos.

3. ALGUNOS CONTENIDOS QUE SUBRAYAR EN UN PROYECTO DE IGLESIA EN ESTADO DE MISION.

a. La misericordia de Dios.

Este es, tal vez, el anuncio más importante que debemos darle a los destinatarios de la misión.

Muchos que no creen en Dios o que se han separado de la religión, lo han hecho porque han recibido la imagen de un Dios perseguidor, juez duro e implacable, que vive recordándoles sus pecados, que vive castigándonos y que no se apiada del enfermo y el que sufre.

Esa imagen no coincide en nada con la vida y obras de Jesús. Y es precisamente en Jesús en quien tenemos la imagen perfecta de Dios. Es por Jesús que sabemos que Dios se ocupa de los enfermos, de los leprosos, de los pecadores, de los paganos, de los pobres y despreciados. Jesús perdona, bendice, sana. Da palabras de aliento a los decaídos, levanta al parálítico, dignifica a los perseguidos y condenados.

En todo brilla la misericordia de Dios. La vida, la muerte y la resurrección de Jesús son la síntesis del amor gratuito de Dios, que tanto nos cuesta creer.

Una Iglesia misionera tendrá que abrirse mucho más a la misericordia de Dios, especialmente con sus actitudes, sus palabras, su testimonio.

b. La fuerza vital y creadora del Espíritu Santo.

Pocas veces se oye hablar del Espíritu Santo a los cristianos. Y nuestra fe es en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se desconoce mucho la obra del Espíritu.

Una Iglesia misionera está guiada, animada, impulsada, por la fuerza del Espíritu. Al leer los Hechos de los Apóstoles se puede ver la fe y la conciencia que tenía la Iglesia de los primeros tiempos en el Espíritu Santo.

Es hermoso recordar imágenes y nombres con que aparece el Espíritu: es el viento, es la paloma, es el Consolador, el Abogado, el Defensor. Es la fuerza de la vida presente en la

Creación, y en la Encarnación de Jesús. Es quien recordará a los discípulos las Palabras del Maestro. El da los carismas y los dones; sus frutos son la alegría, la paz, la generosidad, el amor. El nos ilumina, da valentía para superar el miedo, nos ayuda a orar, a vivir en comunión.

Nos llenará de esperanza y alegría conocer la obra silenciosa y vivificante del Espíritu.

En una Iglesia misionera, es fundamental cultivar una mirada contemplativa de la obra del Espíritu Santo.

c. Una mirada positiva del mundo.

"La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si está malo, también tu cuerpo estará a oscuras. Mira pues que la luz que hay en ti no sea oscuridad" (Lc. 11,34-35).

El Papa Pablo VI decía en Belén en Enero de 1964: "Nosotros miramos al mundo con una inmensa simpatía, si el mundo se siente extranjero al cristianismo, el cristianismo no

se siente extraño al mundo, sea cual sea el aspecto que éste presente y sean cuales sean sus actitudes y reacciones".

El anuncio explícito de Jesucristo va acompañado de una mirada del mundo en que vivimos. Una de las más urgentes búsquedas de los cristianos es la mirada de Jesús al mundo de hoy. Cómo lo mira, lo valora y lo ama.

No basta tener conciencia que debemos anunciar a Jesucristo ya que ahí está nuestra identidad católica.

Hoy se necesita mirar el mundo en el cual vivimos y presentar el rostro de Jesús en una forma entendible y convincente a nuestro tiempo, y entregar un mensaje significativo para la vida de las personas del mundo de hoy. Un Cristo aséptico, lejano, indiferente, que puede ser anunciado en otro contexto o en otra época de la Historia, no es un anuncio fiel.

Estamos en el final de un siglo lleno de cambios y novedades: con una cultura diferente, con problemas nuevos, con avances técnicos y también con la droga y el Sida. Ese mundo requiere una respuesta hoy y no

mañana. Necesitamos abrirnos a este mundo nuevo que nace y que muchas veces nos cuesta entender. Sólo así podremos iniciar un proyecto misionero real.

d. La presencia de Dios en los hombres y mujeres de hoy.

Nos cuentan los Hechos de los Apóstoles que San Pedro quedó muy sorprendido al ver que el Espíritu Santo había descendido sobre un pagano como el Centurión Cornelio (Hechos capítulo 10). Allí entendió "que Dios no hace diferencia entre las personas, sino que acepta a todo el que le honra y obra justamente, sea cual sea su raza" (Hech. 10,34-35).

San Agustín, el Patrono de nuestra diócesis y que fue un gran santo y un gran Pastor decía: "Muchos son del Reino de Dios sin estar en la Iglesia y muchos están en la Iglesia pero no están en el Reino de Dios".

No se trata de decir que los que están en la Iglesia son los malos y que son buenos los que no están. Pero suele suceder en nuestra Iglesia que se menosprecia a personas muy

valiosas por no participar activamente en nuestra pastoral.

En una Iglesia misionera tenemos que aprender a valorar la vida y acción del Espíritu en personas que no vemos habitualmente en nuestra Parroquia, Comunidad o Movimiento, o que no vemos nunca en Misa o en las actividades de Iglesia. Tal vez en muchos de ellos el Espíritu hace tiempo que está trabajando interiormente, así como en el corazón del Centurión Cornelio que encontró San Pedro.

Descubrir la obra del Espíritu en las personas lo veo fundamental en una Iglesia misionera que quiere abrirse al mundo y especialmente a los más lejanos.

**e. La comunión eclesial:
un signo y un anhelo**

Estamos llamados a dar testimonio de comunión, de unión en la caridad, en el amor. Comunión y misión van indisolublemente unidos.

La vida en comunión, como se dijo en

el Sínodo, es un signo del Reino definitivo, se anuncia la realidad que se vivirá en la vida eterna. En la Iglesia misionera habrá que cuidar mucho la comunión. Porque es fácil caer en la rivalidad, en las divisiones, en la competencia y en la maledicencia.

Al entrar en un estado de misión, tendremos que estar en una permanente vigilancia respecto a la unidad y caridad no sólo respecto a quienes hacemos el anuncio, sino también y especialmente al interior de nuestra vida de Iglesia.

Es importante dejar de lado nuestro individualismo, el personalismo, para entrar a un estilo de trabajo en común, en equipo, acogiéndonos, ayudándonos, apoyándonos y valorándonos mutuamente.

4. LOS MISIONEROS

Las visitas a la familia en "la Iglesia en su hogar" realizada con muy buenos resultados al finalizar 1992, nos enseñó que la palabra "visitador" debe ser reemplazada por la palabra "misionero".

Es posible que en muchos lugares de la Diócesis al hablar de misioneros, piensen en los sacerdotes, religiosas o personas que vienen de otras partes y que tienen una gran preparación. El ser misionero sería algo inalcanzable. La verdad es diferente porque Dios escoge a quien quiere para estas tareas y la historia nos muestra cómo el señor ha elegido tantas veces a los humildes y a los ignorantes para anunciar las grandes transformaciones de la Iglesia.

Presentaré el rostro de un misionero de la Iglesia que quiere entrar en un estado permanente de misión.

Al pensar en misionero deseo explicitar que la palabra misionero se refiere a

hombres y mujeres. Igualmente, cuando se escribe "los cristianos" se está pensando en los cristianos y cristianas.

La mujer tiene un rol de gran importancia en la vida de la Iglesia.

Tal vez esta aclaración es necesaria para evitar que hay exclusividad masculina o no se valora el aporte del mundo femenino

- a. Es una persona que cree en Jesucristo, su Evangelio y en la fuerza del Espíritu Santo.

Es una persona que busca a Dios y desea conocerlo y amarlo, busca y quiere ser un buen cristiano. Nunca consideraremos que tenemos una fe suficiente. Lo importante es que el misionero busque crecer en la fe, que ponga su vida en manos del Señor, que a pesar de ver sus defectos, su falta de preparación, sus pecados, quiere dar un paso de fe y creer que Dios lo va a acompañar, lo va a ayudar en la misión.

Un misionero lleva una vida seria de

oración, cree en la fuerza de la oración y trata de rezar con su estilo propio y su modo personal de ser.

b. Es un testigo de Jesucristo y del Reino.

El misionero trata de mostrar con su vida y con sus actitudes que la fe le marca la vida y que no se puede separar lo que vive de lo que se cree. Tal vez hablará poco; es de esperar que no sea proselitista que hace propaganda de su creencia. Es alguien que vive y comunica, por su presencia, la fe y el amor de Dios a quienes lo rodean. No es un testigo aislado. El vive en comunión con la Iglesia y es la comunidad cristiana la que debe ser junto a cada uno de sus participantes un testimonio real de lo que significa creer en Jesucristo y en los valores del Reino.

c. Plenamente integrado a la Iglesia y al mundo.

El misionero capta que la evangeli-

zación del mundo será el gran trabajo del laicado, que recibirá el apoyo de los sacerdotes y religiosos; pero que, mayormente, será obra del laico que vive insertado en la vida, en el mundo del trabajo, en la enseñanza de un liceo, en una familia, en una parcela, o sea, en donde se desarrolla su vida humana.

El misionero sabe que el laicado es importante en la Iglesia, porque ella no es propiedad del Obispo o de los sacerdotes, sino de todos los bautizados.

Se reconoce Iglesia y sabe que pertenece a "su" Iglesia en la cual vive, crece y se desarrolla como persona y como comunidad.

d. Es un apóstol, que consagra su vida a la misión.

Va a entregar lo que tiene y va a anunciar, como Jesús, que el Reino de Dios está cerca.

Explícitamente hablará de Jesús y lo presentará encarnado en los problemas

humanos. Entenderá al joven drogadicto, al hombre sexualizado, a la mujer prostituta, al hombre poco honesto en sus negocios, al amargado y entristecido. Llevará su mensaje de paz donde hay dolor o problemas humanos y, en el estilo de Jesús, verá cómo sanar a sus hermanos de la angustia y del miedo que suelen ser las grandes raíces del dolor humano.

Esta misión no es por horas o por años. Es la vida que adquiere una dimensión misionera y será siempre un portador de la luz de Dios. No trabaja por horas, o en "horario de oficina" o por temporadas. Acepta la vocación cristiana de por vida y asume que la identidad cristiana significa una mentalidad misionera para siempre.

e. Busca la unión y la comunión.

El misionero normalmente trabajará en equipo, participará en alguna comunidad o grupo, a veces saldrán de dos en dos. En su misión buscará generar

comunidad, ayudará a la unidad, a la integración de la familia, de los vecinos, ayudará a superar las distancias entre las personas, entre pueblos vecinos, entre los barrios.

Por lo anterior, es muy grave que los misioneros hablen mal unos de otros, o de las personas del lugar, o que haya divisiones y críticas negativas.

La misión requiere de personas con un corazón acogedor, que comparte, que comunica y se comunica, que crea comunidad, que es factor de unidad.

Así será posible superar el esquema individualista: abriéndose a sus hermanos, en donación, en servicio, con alegría y con esperanza.

Personalmente sueño con miles de misioneros de los diversos niveles de la sociedad: hombres, mujeres, jóvenes y ancianos; pobres y adinerados; de muy diversas actividades.

Para hacer realidad este sueño se necesita una mentalidad misionera en cada sa-

cerdote y consagrado a Dios, en cada catequista, ministro o diácono, en cada asesor o dirigente juvenil.

En suma, se necesita de cristianos que hayan comprendido y vivan en estado de misión y que toda tarea de Iglesia esté impregnada por la misión al estilo de Jesús.

El día que los cristianos entiendan y vivan lo que está escrito en estas páginas, habremos entrado en una Iglesia en estado de misión y se habrá quebrado el esquema de una Iglesia pasiva, instalada y sin la suficiente capacidad de irradiación.

5. ¿A QUIENES SE DEBE LLEGAR?

Si se entiende lo que es un misionero, se llegará a todos, a los ambientes y a los territorios, a los pecadores más alejados, a los que protestan contra su Iglesia y a quienes no la conocen.

Se aplicará la hermosa palabra de Jesús, que buscó la oveja perdida y que cenaba con los pecadores más alejados. Será realidad que Jesús vino por los pecadores antes que por los justos.

Esa es la Iglesia que Dios quiere y ese es el paso que nos pidió el Espíritu Santo en el Sínodo.

Deseamos llegar a todos los hombres y mujeres en medio de quienes vivimos como Iglesia diocesana. Habrá que luchar por llegar a ese ideal, pero, es necesario saber por quiénes partir y por quiénes seguir.

Después de escuchar a los Agentes Pastorales en este Verano, se ha resuelto que en 1993 el primer destinatario sea la familia,

el núcleo principal de la Iglesia y la sociedad. Allí se da la unidad de niños, jóvenes y adultos.

Junto con tener a la familia como primer destinatario, la Iglesia misionera deberá orientarse también a los ambientes que tengan alguna pastoral ya organizada, especialmente en el mundo de los sufrientes. Me refiero a los hospitales, cárceles, hogares de ancianos y otras instituciones similares.

Quedará para un segundo momento, tal vez 1994, una misión juvenil. Este año 1993 será de preparación de misioneros juveniles, especialmente a través de su integración en la misión destinada a la familia.

Abramos las puertas a Cristo y dejemos que El llegue a todos los corazones, a la familia, a los jóvenes, a los barrios, al profesorado, al mundo obrero, a los campesinos, a los uniformados, a los empresarios, a las dueñas de casa y a toda persona de buena voluntad.

Así tendremos una Iglesia abierta, solidaria, respetuosa y acogedora. Esa es la Iglesia de Cristo y eso es vivir en estado de

misión. En este espíritu podremos transformar la pastoral actual en pastoral misionera y así podremos crear acciones misioneras nuevas.

Le pido al Señor Resucitado que nos comunique su fuerza y su paz.

Les saluda con cariño,

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

En la Fiesta de la Resurrección de Cristo